



C A R A C A S
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 16 - N. 154
ABRIL, 1953

Al bajar al sepulcro como todo simple mortal quien en vida se llamó a sí mismo "el hombre de acero", (que eso significaba en ruso el adoptado nombre de "Stalin"), cuantos profesamos la doctrina de Jesucristo espontáneamente alzamos al instante nuestra consideración al plano de la más alta espiritualidad.

Y nuestro primer pensamiento ante esa tumba hubo de ser para recordar que el recién fallecido era también hijo de Dios, y un redimido con la sangre de Jesucristo. Y por eso lo reconocíamos por hermano nuestro, no sólo en naturaleza, sino también en redención; y por eso ofrecíamos a Dios nuestras plegarias por su eterno descanso.

Sin rencor en la voluntad, y sin odio en el corazón, —que son los dos más inútiles sentimientos que aun en el orden meramente natural puede fomentar el ser humano—, sabemos como cristianos que Dios justo y misericordioso recibe en su eternidad las vidas de cuantos salen de este mundo temporal, y a El sólo toca juzgarlas según su infinita sabiduría y santidad.

Tal enseñanza la recordó lleno de caridad cristiana nuestro Santísimo Padre Pío XII, al momento de abrirse la tumba del dictador ruso. Y siguiendo el alto ejemplo del jefe de la cristiandad, toda la prensa católica del mundo, encabezada por la Radio Vaticana y por *L'Osservatore Romano*, ha tenido sus primeras frases de igual caridad cristiana, envueltas en perfume de oración, por el descanso de quien ya está en los dominios absolutos de Dios en la eternidad. Entre nosotros se expresó de esa manera en explícita y elevada página editorial el diario católico *La Religión*, decano de la prensa nacional.

* *

En los días inmediato posteriores a la muerte de Stalin, fueron apareciendo en diarios y otras publicaciones capitalinas, artículos y comentarios, —algunos, por cierto, de escasísimo valor—, en los que de manera casi exclusiva se hablaba de las indudables cualidades que distinguían al fallecido dictador, y se pasaba luego a un elogio casi ditirámico y a una como exaltación fanáticamente partidista de los actos más salientes de su vida; la cual venía a resultar de una perfección casi intachable. Ejemplo típico de esta clase de escritos, por su extensión y publicidad, fué el que apareció en el diario *El Nacional* (6 de marzo), que ocupaba una página entera y se titulaba "Breve biografía de José Stalin", escrita especialmente para dicho diario. (1).

(1) Por dos veces en dicha "biografía" se afirma que el Seminario donde en su juventud estudió Stalin estaba dirigido por los Jesuitas. Eso es falso, por la sencilla razón de ser aquel un seminario ortodoxo, y no hay jesuitas en la iglesia ortodoxa separada.

ANTE
LA TUMBA
DE
STALIN

Comprendemos que quienes profesan la ideología marxista, y en particular los que admiraban genuflexos la manera como la ponía en práctica Stalin, no puedan ver en la vida terrible del dictador ruso sino motivos para la alabanza ciega y la exaltación incondicional.

Pero nos cuesta entender cómo quien escribe para el público, guiado por un mínimo siquiera de sinceridad y de objetividad, —como es propio suponer, sobre todo si se trata de escritos de índole biográfica—, pueda hacer absoluto caso omiso no solamente de numerosos hechos trascendentalísimos, mas aun de toda una actitud firme y persistente adaptada ante la vida, por quien vino a ser el más terrible y temible de los dictadores que ha assolado la tierra.

Fuera de la labor de divulgación positivamente partidista y fanática de quienes profesan el marxismo o son sus incondicionales colaboradores, ha podido observarse con bastante generalidad el hecho de una gran timidez, o una proclive vergüenza, que ha dominado la pluma de autores de diversos artículos, y les ha impedido proclamar claro y en alta voz la verdad de los actos de la vida pública de quien durante más de un cuarto de siglo ha hecho vivir al mundo su peor estado de zozobra y de sufrimiento.

Triste gloria.-

La historia antigua y moderna de todas las naciones de la tierra no ha tenido jamás ningún ejemplo ni de rey, ni de césar, ni de emperador, ni de tirano o dictador, que haya amasado un poder más absoluto y más extenso.

Los más sombríos personajes de la historia que pudieran recordarse para establecer algún paralelismo, resultan con todo su horror, de proporciones muy inferiores. Aquel primer zar ruso Iván IV, (1553 a 1584), llamado **el terrible** por sus horribles crueldades, no llegó jamás a esclavizar a millones invocando la libertad, ni a asesinar también a millones invocando como razón el progreso del estado, como lo ha hecho Stalin. Aquel otro zar Pedro I el Grande, (1672 a 1725), no llegó jamás en sus ambiciones de grandeza patria, a extender el imperio de Rusia sobre una quinta parte del mundo, y a proyectar su sombra fatídica sobre todo el resto, como lo realizó Stalin.

Bien ha podido decirse que no hay rincón del mundo donde no se haya hecho sentir el peligro de su ambición o la inseguridad de su intriga. Era el hombre más poderoso de su tiempo, y ese poder le servía para ser al mismo tiempo el hombre más temido y el más odiado.

Extensión de su dominio.-

Directamente o por medio de sus bien escogidos servidores, su dominio tenía las proporciones asombrosas que pueden comprobarse con los siguientes datos acerca de los países sometidos al yugo soviético.

	Población
Albania	1.175.000
Bulgaria	7.160.000
China	460.000.000
Mongolia	850.000
Checoslovaquia	12.463.000
Estonia	1.134.000
Alemania oriental	17.313.000
Hungría	9.205.000
Letonia	1.994.000
Lituania	2.879.000

Polonia	24.976.296
Rumanía	15.873.000
Ukrania	40.200.000

La suma total de la población de los países que están bajo el yugo soviético, es de casi QUINIENTOS CINCUENTA MILLONES de habitantes.

Añadase a eso la población de la propia Rusia, la cual contada ya aparte la anexión de Ucrania y de las naciones del Báltico, resulta de no menos de 150.000.000.

Y tendremos un gran total de SETECIENTOS MILLONES, o sea, casi un tercio de la población del mundo entero (que es de 2.367 millones), sometida a la férrea doctrina y disciplina marxista que impone el dictador de Moscú. Y por lo que respecta a la extensión territorial sometida a la opresión marxista es en el mundo entero de unos DIECIOCHO MILLONES de Kilómetros cuadrados, o sea casi una quinta parte de la extensión total terrestre.

Su Método.

Durante veintinueve años, con una impenetrable e imperturbable frialdad, reinó con absoluto dominio sobre el más vasto imperio que ha conocido la historia. Supo apoderarse de la organización creada por Lenin, y para ello eliminó de la manera más inmisericorde y sangrienta a cuantos pudieron serle obstáculo en su camino hacia el poder. El propio Lenin, en su testamento había previsto el peligro de un ascenso de Stalin. Por eso escribía textualmente: "Stalin resulta insufrible en el cargo de Secretario General. . . Propongo a los camaradas buscar la manera de remover a Stalin y poner en su lugar a otro hombre más paciente, más leal, más atento y educado con los camaradas, y menos caprichoso."

Pero las cosas sucedieron de muy distinto modo. Y una vez asegurado en el poder, procedió entre otras cosas a realizar en 1929 aquel primer Plan de Cinco Años para colectivizar la tierra y eliminar al mismo tiempo a los campesinos propietarios. Las órdenes fueron sin complicaciones, violentas y brutales. Pero a pesar de ello no logró completamente el plan de colectivización; porque los campesinos empezaron enseguida, en represalia, a pegarle fuego a sus establos, y a degollar sus propios ganados, trayendo con esto una grave amenaza para toda la vida económica de la zona agrícola y pecuaria. Sin duda esta fué la mayor y aun la única derrota política que Stalin llegó a sufrir. Tras de la matanza por hambre y por fusilamiento de millones de aquellos campesinos, el dictador tuvo que reducir el primitivo plan de colectivización. La horrible lucha había durado desde 1929 hasta 1934.

En plena ejecución de ese plan quinquenal, en 1931, cuando las matanzas de campesinos estaban a la orden del día, visitaban cierto día a Stalin los conocidos ingleses Lady Astor y George Bernard Shaw. Uno de estos visitantes no tuvo reparo, después de mucho charlar, de preguntarle sin ambages al dictador: "¿Cuándo va usted a parar de matar gente?". Y Stalin respondió friamente: "Cuando ya no haga más falta"; y luego añadió: "Espero que será pronto".

A los once años de este breve cuanto espeluznante diálogo, en plena guerra mundial, era huésped de Stalin el entonces Premier de Inglaterra, Churchill. Este veterano político, una vez que el dictador ruso se abrió un poco en charla animada y de confianza, fué llevando la conversación hacia el tema de la sangrienta eliminación de campesinos

que había tenido lugar durante el plan quinquenal. Al preguntarle cuántos habían sido liquidados en aquella ocasión, Stalin, alzando las dos manos con los dedos abiertos, respondió con imperturbable tranquilidad: "Diez millones. Aquello fué algo temible. Duró cuatro años."

Sangre. . . y más sangre!-

Pero Stalin jamás dejó de estar matando gente. Eso era algo necesario para la clase de régimen que él sostenía. Formó toda una generación que no ha conocido otra manera de vida sino la comunista, y que no sabe lo que es pensar, sino sólo obedecer. Y eso sólo podía mantenerse mediante el uso del asesinato metódico, persistente, frío, como si se tratara de algo inevitable; y así lo practicó Stalin hasta su última hora. Trotsky lo llamó "especie de tipo oportunista con una bomba".

Tanta crueldad parecía en él como una segunda naturaleza. Y algo de eso manifestó él mismo cuando durante los años del sangriento plan quinquenal murió su joven esposa Nadezhda, unos dicen que por suicidio, otros dicen que a manos del propio marido. Este, sin embargo, la enterró con todos los honores en un monasterio de Moscú y le erigió una estatua de mármol blanco. Dijo entonces: "Ella ha muerto, y con ella han muerto también mis últimos sentimientos de afecto por ningún otro de los seres humanos".

Y una de las más claras pruebas de su irrefrenable desprecio hacia la vida del prójimo la dió cuando en 1934 surgieron ciertas intrigas y perturbaciones internas entre los propios bolcheviques de Leningrado, y fué asesinado Kirov, uno de los fieles servidores de Stalin en el Politburó. Stalin se presentó al momento allí, y como primera medida ordenó el fusilamiento inmediato, y sin proceso, de 117 sospechosos. Luego miles de miembros del partido fueron enviados a confinamiento en Siberia. Y esa terrible **purga** continuó casi sin interrupción desde 1935 hasta 1938; gradualmente fueron eliminados todos los más prominentes bolcheviques de quienes se dudaba de su incondicional rendimiento de Stalin. Actuando de fiscal de esas denuncias inapelables, estaba Andrei Vishinsky.

Por ese método, uno tras otro todos los más notables representantes del viejo bolchevismo inicial, fueron fusilados. Lo más denso de esa ola de sangre llegó en 1927, cuando los principales generales soviéticos fueron juzgados secretamente, y a una con miles de oficiales del ejército rojo, exceptuados sólo 12 del Edo. Mayor, fueron igualmente fusilados. Luego entró en acción la tristemente famosa GPU, y empezó a arrestar toda clase de miembros del partido, médicos, ingenieros, profesionales, hombres y mujeres de toda actividad, a quienes se buscaba aun en los pueblos y aldeas más insignificantes; y a quienes se les sometía a que confesaran sus actos de traición y de sabotage. Pero faltaba algo más: en 1938 manda Stalin detener aquellas actividades, y entonces ordena hacer una **purga** entre las filas de los mismos que había usado como investigadores y asesinos. Y entre estos últimos, uno de los jefes de la GPU, Henry Yagoda, fué procesado y fusilado juntamente con la mayoría de sus ayudantes.

Al terminar tan increíble etapa de salvajismo, se calcula que unos 7.000.000 de personas habían caído o en las terribles fosas donde la GPU enterraba en masa a sus víctimas, o en los inmensos campos de esclavitud en Siberia. Pero Stalin podía descansar, y dormir bien tranquilo. Se habían acabado todas las amenazas contra su poder.

Por algo había dicho una vez a Kamenev, su antiguo camarada

del Politburó: "Escoger uno su víctima, preparar su plan muy minuciosamente, dar rienda suelta a la más implacable venganza, y luego irse a dormir: no hay nada más dulce en el mundo."

Y a su camarada Tito de Yugoslavia, escribiéndole sobre la conveniencia política de restablecer al Rey Pedro, le dice: "Usted no tiene que restablecerlo definitivamente. Póngalo por un tiempo, y luego clávele un puñal en la espalda cuando sea el momento oportuno."

Podrían seguir multiplicándose los ejemplos de lo que constituyó durante 29 años la vida de quien se ha ido de este mundo dejando sobre la tierra en las inmensas estepas siberianas catorce millones de seres humanos, sometidos a la esclavitud de los trabajos forzados, de donde no salen sino para el descanso de las tumbas.

Pero nada de esto han querido recordar los apologistas y admiradores, a distancia, de la obra del fallecido dictador. Y cuando alguien se ha atrevido a señalar el riego de lágrimas y de sangre que ha empapado por años las inmensas regiones sometidas al dictador ruso, esos intelectuales que viven cómodamente a muchísimos kilómetros de distancia de Rusia, y que tántos elogios saben componer, tratan de excusar o de justificar el asesinato practicado por Stalin, como el primer paso necesario para el implantamiento eficaz del paraíso comunista en la tierra. Por lo visto es un paraíso que ha de tener un río de sangre humana!

De esta manera es fácil entender la fría cuanto reveladora frase con que el dictador ruso arguyó a un visitante norteamericano que durante la última guerra le contaba cómo infortunadamente las huelgas en Estados Unidos habían detenido la producción en masa de ciertos armamentos. Stalin le repuso: "¿Es que no tienen ustedes policía?"

Jamás en la historia de todas las tiranías que el mundo ha soportado, existió un régimen ni existió un hombre acerca de los cuales se hayan escrito tantísimos y tan serios y documentados volúmenes en todo idioma, en los que se haya dado a conocer algo siquiera, —porque todo nada más lo sabe Dios—, de la más cruel, fría y humillante tragedia que mayor número de víctimas humanas haya exterminado.

Todavía algo más.-

Pero más impresionante aún, si cabe, que el tamaño de lo que alguien ha llamado con mucho acierto "el imperio-prisión" edificado por Stalin; y más horrible que las masas de millones de seres humanos enviados a la muerte o sepultados vivos en campos de concentración; más impresionante y temible es el sostenido empeño que tuvo Stalin, para divulgar e imponer por medio de las armas, y de la intriga y de la mentira y la traición, una especie de dogma y fanatismo del mal, más inflexible que ninguna religión, y con el cual se ha puesto en zozobra continua a todo pueblo y nación, y se ha amenazado cuanto de verdad y de fe existe en el mundo.

Stalin tuvo la gloria de poder decir que su palabra y sus órdenes fueron creadoras de un régimen de esclavitud, y hasta tal punto que tanto en su patria como sobre todo fuera de ella su ideología logró crear millones de voluntarios servidores. Para él la verdad no existía; sólo su voluntad era ley. Negó a Dios; y se hizo llamar con todos los más excelsos nombres, y creó el mito de su propia infalibilidad. Y a ese mito tenían que ofrendar todas sus energías y sus creaciones poetas

Historia

LOS PAPAS

Y LA

CULTURA

Falsa acusación.-

Entre las acusaciones que se formulan contra el Cristianismo, figura una que tomó carta de ciudadanía en la llamada época de la Ilustración.

Se afirma enfáticamente que Religión y vida, Religión y Cultura, son factores irreconciliables.

Quienes tal acusación formulan, tienen de la Religión una idea estrecha y mezquina. Para ellos, la Religión es un íntimo impulso hacia el más allá; un culto silencioso que el hombre tributa a la divinidad en las reconditeces profundas

de su propio yo; un secreto personal; un diálogo, sin testigos, entre la criatura y el Creador. Y nada más.

La Religión, según ellos, debe quedar aprisionada en las lobregueces de una sacristía; divorciada de la vida y de la cultura; sin repercusiones sociales. Y el creyente, también para ellos, es un ser lacio y desmayado ante las cálidas realidades de la vida; desinteresado por el triunfo de la cultura; insensible ante el mundo del color, el sonido, la forma esplendorosa.

La objeción se formula categóricamente: entre la Religión y la Cultura no hay punto de enlace. La Religión persigue un más allá etéreo; la cultura despliega sus alas en el cálido ambiente del tiempo; la Religión se mueve en la zona de lo impalpable; la cultura, en la esfera de lo sensible. ¿Cómo conciliar ambas realidades? Quédece, pues, enhorabuena, la Religión en la vaporosa región de sus creencias; no invada la vida; no informe el arte; no cultive la ciencia.

¿Será todo esto cierto? ¿Será verdad que al cristianismo están vedados los predios del arte? ¿Será verdad que el cristiano para poder internarse en las ciencias, debe primeramente desposeerse de sus creencias, como quien arranca de sí una máscara ficticia y anticuada? ¿Son incompatibles fe y razón? Y ¿es el cristiano ese ser estoico que contempla despreocupado el fluir de los valores de la vida desde la intocable atalaya de sus creencias eternas?

Nada más contrario al verdadero concepto cristiano de la vida. "Nada de lo

y músicos, pintores y escritores, en una interminable repetición que llegase como a estereotiparse en las mentes de los millones de sus acobardados y embrutecidos súbditos. El pico más alto de las montañas rusas lleva su nombre; lo mismo unos quince pueblos y ciudades, así como innumerables fábricas y calles. Un nuevo metal lleva también su nombre y una nueva especie de orquidea. La colección de sus obras completas se imprimían en series de millones. Y los niños de las escuelas, al llegar a sus pupitres cada mañana, lo primero que tenían que hacer era decir: "Gracias, Camarada Stalin, por esta vida feliz".

Concluyamos: pidiendo por el descanso de su alma, como fué desde el primer momento la cristiana consigna iniciada por nuestro guía universal del Vaticano. Y oremos con tanta mayor caridad cuanto el que ha fallecido fué —en palabras extraoficiales procedentes del mismo Vaticano—: "uno de los más grandes perseguidores de la Iglesia Católica, y en general de toda religión, desde el nacimiento de Cristo. Llegó el final de su árida vida y ha tenido que rendir a Dios Todopoderoso cuenta de todos sus actos. Uno no puede sentir por él otra cosa sino una profunda conmiseración."

P. P. B.